

## MAYÚSCULAS

Todos los niños saben que “mayor” quiere decir “grande”. Sin embargo, los maestros deben explicar a los párvulos el sentido de las letras “*mayúsculas*” o “capitales”, llamadas así por ser la “cabeza” de las letras, aquellas que más han crecido y, por tanto, son más importantes. La “*pedagogía*” suele consistir muchas veces en “*pedantería*”. O sea: hacer más difícil lo que es más sencillo. Ambos vocablos, como *pediatría*, derivan de la misma raíz griega: niño o *paidos*. Claro está que no todos los pedagogos son unos pedantes. Muchos saben explicar a la pata la llana y decir que un perro o chuco vulgar y común, callejero, no puede merecer el honor de una letra grande, como el señor **Pedro** o doña **Margarita**, por más que ladren igual o se parezcan a un mastín. Y si nuestro perrito se llama **Toby**, ese mismo cariño que le tenemos nos lo hace resaltar del resto de los canijos canes del montón que no se merecen el honor de las grandullonas mayúsculas. Del mismo modo, cuando empieza una oración, la letra mayor nos hace advertir pronto con el ojo la pequeñez del punto que clausura antes la frase anterior y de esa manera podemos realizar la pausa mandada y coger aire para no ahogarnos leyendo un discurso. Este procedimiento se parece mucho a la manera en la cual un listo filósofo griego pensó que la tierra era redonda pues lo primero que se ve cuando un barco sale del horizonte es el palo mayor, en este caso la letra mayúscula asomada.

El uso de las letras mayores ha ido cambiando con el el tiempo. Hubo una época no demasiado lejana en que se escribía **Sol** y **Océano**. Ya no divinizamos la naturaleza, salvo que sea extraterrestre como **Saturno**, **Marte**, **Venus**, etc. Los antiguos tomaban a los planetas como dioses y nosotros no nos atrevemos, por si acaso, a llevarles la contraria. Como mucho empleamos únicamente la mayúscula para hablar de “**Dios**” y la minúscula para referirnos a los **dioses**. Las **vírgenes** son Pepa, Lucy, las de Bond, y otras chicas del montón, y la **Virgen**, será sólo María Inmaculada, la madre del Señor, también en mayúscula para no ponerse a

la altura del señor García. Queda como recuerdo del paganismo que divinizaba los astros el decir la “**Tierra**”, pero esto es para distinguirla de la “**tierra**”, la que vio (o sintió en el ojo) el marino Rodrigo de Triana al avistar desde la cofia de la nao el Nuevo Mundo (¿o nuevo mundo?). Los continentes, que no son sino trozos grandes de tierra, también merecen las mayúsculas y hablamos (mejor escribimos) de **Europa, América, Asia y** la pariente pobre **África**. Solamente por consideración se escribe **Polinesia**, a pesar de que aquellos islotes parecen unos guijarros sobresaliendo del océano. El uso masivo de las mayúsculas siempre ha dado cierto empaque y transcendencia a los textos donde abundan en lugares insospechados, de ahí que los filósofos germanos, desde Hegel hasta el Romanticismo, y a la zaga de ellos ciertos ingleses como Carlyle, abusaran de esta licencia para darse importancia. La **Cultura**, cuando se alza de puntillas, parece más cultura.

## MINÚSCULAS

Las “**minúsculas**” son las letras menores, parvulillas, para decirlo en *roman paladino*. Eso no significa que sean unas parias. Como son la mayoría de las que escribimos no tienen ninguna envidia ni temor hacia las letras mayores. Pueden decir aquello de “juntas valemos más que vosotras”. Por otro lado, cualquier letra minúscula puede convertirse en mayúscula si el hablante le da ocasión de comenzar la frase. Sin embargo, hay servilletas que llegan a mantel. O dicho de otro modo: un papá es alguien con hijos, un Papa es alguien que no tiene hijos pero cuenta mucho más en la ortografía. Así también la Iglesia, grande, se descompone en iglesias locales. Los evangelios medievales pintaban en su comienzo hermosas letras capitales, llenas de colorido y representando a

monjes o animales fabulosos. La gente las llama “**miniaturas**” creyendo que se trataban de pequeños dibujos. En realidad, el nombre se debe al “**minio**”, un metal de color bermejo del que está lleno el río **Miño**. Pero no despreciemos la ignorancia: muchas veces sale ganando en la historia y los historiadores son la voz que clama en el desierto.

## PUNTO

El punto es la frontera entre una frase y otra frase diferente. La aduana entre los enunciados. Se parece a una piedra puesta detrás de un coche para que no ruede hacia atrás y choque frontalmente con la oración siguiente. Siempre estamos tentados de alargar la frase diciendo “mañana vendré”, “mañana vendré a comer”, “mañana vendré a comer con un amigo”, etc. De ese modo, el punto, como la piedra, evita el movimiento. Y punto. Conviene no embrollar las ideas y ser claros. Cada oveja con su pareja y cada oración con su verbo correspondiente. O dicho de otro modo: como un mojón o hito que separa los campos, la propiedad o el terreno de cada cual. Además existe otra razón que justifica la necesidad de esa punción que se realiza en los textos. Las mayúsculas o minúsculas podrán ser una cuestión de rango, un asunto de orgullo o preferencia de unas letras sobre otras. El punto es casi una cuestión de supervivencia física. Si alguien hincha un globo precisa tomar aire. Ni siquiera el orador con los pulmones más grandes y capaz de escribir el periodo más largo puede soltar una parrafada sin desinflarse como la rueda de una bicicleta pinchada. Y, tengamos en cuenta, que de ese modo el oyente también descansa, alivia la atención y respira un segundo, pues no se crea que la comprensión de una oración nueva es tan fácil como esas oraciones eclesiásticas que sabemos ya de memoria.

## LA COMA

Las comas son como trocitos o fragmentos, pelillos acostados que recuerdan al freno de un automóvil. Sin duda, al decir: “veni, vidi, vinci”, cada vez que pisamos una coma debemos ralentizar la marcha como un palo atravesado en una carracla. Las comas nos hacen tropezar igual que un pequeño escalón o saliente, pero no caemos y por eso la interrupción del discurso es breve, momentánea. Y la dicción gana con esos pequeños saltitos de silencio.

## PUNTO Y COMA

El punto y coma no es ni *chicha* ni *limoná*. Como el centauro: ni es hombre ni es caballo. Quiere ser más que una coma, pero sin llegar a ser admitida en el rango de los puntos. Hace falta un oído finísimo para distinguir esa cesura plebeya y acomplejada con ínfulas de pertenecer a la aristocracia ortográfica. Habitualmente está acompañada y precedida de “pero”, pero a esta regla hay que ponerle muchos “peros” y no conviene pedir peras al olmo como hacen algunos egiptólogos audaces que interpretan el ; como el jeroglífico de un pie golpeando el balón (la prueba de la falsedad de esta teoría es que en tiempos de Ramses no se jugaba al fútbol).

## PARÉNTESIS

Como es de cajón (¿o será “de cojón”?) los “par-éntesis” vienen siempre en “par-es” igual que los calcetines, los zapatos o las parejas de la guardia civil. No es posible abrir un (sin que más tarde tengamos que cerrarlo con otro). El dibujo de los paréntesis (...) es sobradamente expresivo. Podría decirse que ambos paréntesis – izquierda, derecha - representan dos manos cóncavas tapando los oídos como quien no quisiera escuchar nada (¡vaya coñazo!) que no fuese su propia música interior. Ante unos paréntesis nos parece estar delante de un estudiante con unos cascos auriculares que le sirviesen para aislarse del universo entero. Y, en efecto, si el contenido del paréntesis será siempre un misterio para la frase cortada, tampoco a la frase del paréntesis le importa un comino aquello que permanece fuera de ella.

La génesis del paréntesis, además del autismo o la indiferencia, se debe también a la exuberancia del pensamiento. No cabe muchas veces en una oración todo lo que deseamos decir y para salvar esta limitación de la gramática hemos inventado esas gotitas de aceite que sobrenadan en el texto encerradas en sí mismas como unas “mónadas” sin ventanas (quienes no sean leibnizianos digan *monadas* con la pronunciación llana de los campechanos aragoneses). También podría ser (¡quién lo sabe!) que los paréntesis sean hijos de los cómicos de la legua y de los apartes usados por los actores para hablar con el público en secreto al mismo tiempo que conversan con los otros personajes. Los estilistas suelen recomendar que los poco expertos usen poco de los paréntesis y aún de ese poco pequen lo menos que puedan. Nunca se lamenta un paréntesis de menos mientras que se advierte a la primera vista otro puesto de más. Como último, una recomendación: si las frases internas de los paréntesis tienen más de tres o cuatro líneas, no esperemos nunca que el lector, tras el bucle o salto dado en el aire persiguiendo una mosca, nos siga en nuestro discurso donde lo dejamos. Un paso atrás ni para saltar.



## COMILLAS

Las comillas, más que unas castañuelas, son unas comas pequeñas, unas pinzas “...” parecidas a las que forman el pulgar y el índice de las dos manos para coger con melindres o escrúpulos las palabras sucias o malsonantes como “mierda”, “coño”, “gilipollas”; o bien voces foráneas que disgustan hasta el límite el corazón patriótico de los puristas. El “marketing” entrecomillado es un mero mercadeo de mercachifles. Toda voz cogida con las comillas parece a punto de ser arrojada como un “clinex” (sic) al cesto de los papeles. A veces las comillas nos parecen unas cometas volantes para mirar más arriba de su sentido literal, “pestañas” que nos hacen guiños irónicos para decirnos que alguien muy “listo” es un botarate y una mujer “bonita” una fea heredera con muchísimos reales en las arcas. Hoy las comillas se sustituyen en ocasiones por letras *cursivas*, ese recurso tipográfico que consiste en *hacerse notar* sacando pecho y lanzándose hacia delante como los *velocistas* en la meta. En suma, las comillas revelan afán de notoriedad y deseos de llamar la atención. Tal vez por esa razón, en lugar de colocarse abajo como sus progenitoras las comas, ascienden como los globos llenos de helio.

## EL ACENTO

La supresión de los acentos es un delito de lesa majestad que horroriza a los castizos de la lengua. Sin embargo, el escáaaaandalo sería menos escáaaaandaloso si el abejorro de la tilde no picase con su aguijón a los guardianes de la tradición. A decir verdad, los acentos -nacidos del canto litúrgico – son una cortesía hecha a los extranjeros. No hay ningún analfabeto que pronuncie “pájaro” donde no toca ni tampoco un campesino que diga “melón” allá donde no corresponde. Sin embargo, a los foráneos (*guiris*, dicho sea sin ánimo de molestar) esos palitroques les sirve para leer bien un texto. Claro está que las lenguas se aprenden mejor por el oído que por los ojos, pero ¿de qué iban a vivir aquellos profesores atados por inercia a los métodos tradicionales?

## LOS SIGNOS DE INTERROGACIÓN

Estos signos, tan parecidos a esos cuellos de cisne que pretendían romper y desplumar los poetas modernistas, pueden verse también, de un modo más prosaico, como esos ganchos con los cuales los pelotaris vascos atrapan la bola para lanzarla con fuerza sobre la pared. Y, en efecto, toda pregunta nos es arrojada para darle una respuesta que, a menudo, deja la pelota en el tejado.

## LOS SIGNOS DE EXCLAMACIÓN

El palito y la bola del signo ¡ nos recuerda al billar y por ello no es nada extraño que ¡caramba! O ¡carambola! se escriban con signos de exclamación. Como sabemos, el signo final se escribe boca abajo, del mismo modo que el apóstol Pedro quiso ser crucificado así para dejarle la posición normal a Cristo (por cierto, la postura del discípulo es bastante más incómoda).

## SIGNOS EXTRANJEROS

1) El acento circunflejo ^, que algunos ven como señal de un tejado, es más bien el sombrero de los chinos de Indochina, cosa que explica muy bien que lo usen los franceses colonizadores de aquellas tierras. Sin embargo, otros autores lo ven como un *bumerán* australiano, teoría incompatible con la tesis anterior, pues es sabido que donde pisa un anglosajón no cabe ni Lyon ni Dijon.

2) El apóstrofe en voces como “l'aigua” o “l'anima” nos indica

que el acento ha fallado su caída sobre la vocal y que está ha huido dando un paso atrás o, quién sabe, si hasta el final del abecedario como en el genitivo inglés

## LA NEGRITA

La letra en negrilla es otra muestra de exhibicionismo ortográfico. Algunos quieren ver en ella a una dama de alta alcurnia luciendo un abrigo de visón, hecho para una mejor visión. Otros, en cambio, piensan que se trata de un negro nigeriano (valga el dos por uno) dentro de una sauna finlandesa. Cuando la negrilla está en letra mayúscula viene a ser como esos grandullones púgiles morenos (no hay que insultar con los colores) muy capaces de tumbar a un toro de un guantazo. Si muchas negritas van juntas, como sucede al **negrear** muchas letras, estamos seguros que tales signos forman una orquesta tocando el charlestón.

## EÑE QUE EÑE

El bigote de la ñ no es un signo de ortografía, pero cuando se afeita sin mudar el sonido entonces constituye una falta de

ortografía.

## LOS PUNTOS SUSPENSIVOS

Los puntos suspensivos, como otras cosas de mayor calado, parecen tres pero son solamente uno. Se podría pensar que la imagen de una bala disparada es capturada por el objetivo ultrasensible de una fotografía capaz de registrar el movimiento. Estos signos dinámicos son característicos de los vagos y perezosos, pues como se cansan y aburren de hacer largas enumeraciones, dejan al lector la tarea de que acaben lo que ellos han comenzado y dejado a medias. Otras veces, empero, (¡toma ya el arcaísmo!) revelan la voz entrecortada, la voz que no da fin a la frase por temor, sorpresa o retranca. No los condenemos acusándolos sin más pruebas de ser el arma de los ociosos. En ocasiones, su empleo exige cierta maestría. Quien no sepa emplearlos adecuadamente tiene siempre a mano el socorrido recurso del “etc”, que los ignorantes duplican diciendo “etc, etc” ignorando (valga el verbo duplicado) que dicha abreviatura latina quiere decir “y las demás cosas”. O sea, que “etc., etc”., más que Baden-Baden, es Vilanova la Geltrú-Vilanova-la Geltrú.

## LOS SIGNOS AUSENTES

Los signos de ortografía son habas contadas para una olla

que deba saciar el hambre de una tribu de caníbales. No se puede expresar con la escritura toda la variedad de sentimientos del alma humana. Un escritor puede decir: “Es usted- dijo con ironía Luis- muy guapa. Bastaría crear un signo “irónico” como + para que “guapa +” se interprete sin aclaración y, de ese modo, se ahorra tinta y, lo que es mejor aún, bajan los precios de los libros. Es un misterio y un secreto editorial que los libros alemanes traducidos al inglés (donde se adelgazan las palabras) no reduzcan también su costo material. Pero la balanza de letras de cambio no es una cuestión que entre dentro de las atribuciones de la señora ortografía, la cual, teniendo el género femenino, es tan voluble como “*piuma al vento*”, según el tenor de ópera italiana.

Pablo Galindo Arlés  
7 de junio de 2017